

EL ARTE DE SABATO

A los dos decenios de su aparición, la novela de Sábato *Sobre héroes y tumbas* sigue leyéndose con el interés de la novedad, por lo menos en Europa, conquistando nuevos espacios lingüísticos, mientras que los especialistas en literatura no paran de descifrar a continuación su construcción. Se insiste con preferencia en los planos temporales, en el ritmo de la narración, en los símbolos y, por supuesto, en el universo humano investigado por el autor, a veces con mucha crueldad, y siempre con una indecible esperanza.

De modo que la lectura del libro puede emprenderse desde muchísimos ángulos, pero nunca ha de resultar fácil; la sensación de flotar uno en el caos perdura a lo largo de un sinfín de páginas, sobre todo en la primera sección («El dragón y la princesa») donde los personajes, situados desde hace tiempo al final de su destino novelesco, y, por lo tanto, del asunto, se mueven cual fantasmas, estando plasmados de la sustancia ideal de los espectros.

Ernesto Sábato no es, por consiguiente, un autor cómodo; forma parte de la categoría de aquellos grandes escritores capaces —como observaba hace tiempo Maurice Nadeau— de transformarse a sí mismos mediante lo que escriben y, a la vez, de transformar a los que los leen. Los sentidos y los significados de la novela quedan, pues, ocultos, difusos incluso para el autor mismo, siempre intrincados, investigados desde las más insólitas situaciones, abandonados y reanudados otra vez, de modo obsesionante, hasta el agotamiento total. Como en un partido de ajedrez en que los jugadores hayan acordado desde el principio disfrutar del derecho a volver sobre ciertas jugadas, rehaciendo de otro modo todo el partido. Apenas al final, y sólo después de volver sobre ciertos fragmentos, toda esta gigantesca parábola de la vida pone de relieve su estructura entera, iluminándose e iluminando, a su vez, los subconjuntos del alucinante edificio que el autor ha venido construyendo en silencio, con mucha sombra, desesperanza y sole-

dad, a lo largo de los doce años que ha dejado transcurrir desde la publicación de su primera novela. Silencio fértil, como veremos, propio sólo de los grandes creadores, que se quedan apartados y ajenos a las vías que llevan a una popularidad (o gloria) fácil, copiando las oscilaciones del gusto corriente o la falta de criterio de un momento favorable.

Ernesto Sábato no hubiera podido pertenecer a los mismos: llegando a la literatura bastante tarde, él ha sido determinado, indudablemente, por la necesidad de confesarse a sí mismo, con todas sus inquietudes, ante sus prójimos y ante su tiempo. Pero sobre datos de esta índole insistí con otro motivo, (1), cuando dichos datos resultaban imprescindibles, por tratarse de la primera aparición en rumano del autor citado. Unas cuantas generalidades parecen indispensables, sin embargo, esta vez también, ya que el análisis de las páginas que siguen no puede llevarse a cabo sino desde el interior de un contexto claro y bien delimitado.

II

Más o menos avisados, los investigadores del fenómeno literario latinoamericano concuerdan en opiniones al situar la literatura argentina en uno de los lugares cimeros, y al reconocerle, al mismo tiempo, la gran diversidad, así como la capacidad de haberse universalizado antes que otras, sin perder, por ello, el contacto con el suelo patrio. En este sentido, sus argumentos resultan variadísimos, superando, a veces, un fundamento real y endeudándose al azar o a la paradoja. Los más superficiales se apoyan, por ejemplo, en una observación perfectamente verdadera: Argentina es el más europeo país del continente latinoamericano. De manera que, sostienen dichos críticos, su literatura no ha tenido que hacer esfuerzos demasiado grandes para inscribirse en un circuito de los valores que rebase los límites impuestos por el Atlántico. La afirmación parece justificada, pero abarca muy poca verdad. Más fundamentada, y con más adeptos, es la que descubre en el arte de los escritores argentinos influencias procedentes del Viejo Mundo. Indudablemente hay asimilaciones de esta índole, sobre todo en el aspecto de las innovaciones, de las búsquedas y de las experiencias literarias. Pero se dan por todas partes, a veces con mucho mayor relieve, y pese a ello la literatura argentina afirma sus valores a través de una personalidad claramente destacada.

(1) Véase *El túnel* (Tunelul)—versión rumana y prefacio por Darie Novaceanu—, Editorial de Literatura Universal, Bucarest, 1965.

Los adherentes de esta teoría pierden de vista, por lo menos, dos elementos fundamentales para dicha personalidad: la característica del espacio espiritual propio y la evolución histórica de la nación con todas sus contradicciones y sus lacras. Y esta pérdida no resulta siempre casual: es un intento de acreditar la falsa idea de una predisposición que tuviera la literatura argentina, si no hacia el préstamo, hacia un leve mimetismo.

Los argentinos suelen contestar a tales definiciones. Y entre ellos no falta casi nunca el propio Ernesto Sábato, incisivo, apasionado por la verdad e intolerante. Sus argumentos, en la línea de las discusiones arriba mencionadas, proceden de un enjuiciamiento más exacto del espacio al cual pertenece, sin perder de vista los datos históricos que atañen a la conquista española, a la población indígena y a las repetidas oleadas de la emigración desde Europa. Según su criterio, Argentina no puede ser entendida más que a través de este movimiento continuo, histórico y social. «Pocos países en el mundo —apunta Sábato— deben de haber en que se hayan producido en tan corto tiempo tantas sustituciones de valores y jerarquías, y con ellas un tan reiterado *sentimiento de transitoriedad y de nostalgia*. Primero fueron los conquistadores, que liquidan un sistema de vida indígena y que al mismo tiempo añoran su tierra remota; luego, los indios que pierden su propio sentido de vida y añoran la libertad perdida; más tarde, el gaucho desplazado de su propia condición por el emigrante agricultor; simultáneamente, los viejos patriarcas criollos que ven reemplazar los viejos valores de la generosidad y de la cortesía, del desinterés, por una civilización materialista y despiadada; y, por fin, en los emigrantes que han abandonado un tipo de vida y añoran la tierra de sus antepasados, abandonados para siempre en este continente desconocido.» Y más adelante, en la misma tonalidad y con igual precisión: «Y no habíamos terminado de definir nuestra nacionalidad cuando el mundo del que surgíamos empezó a derrumbarse en la mayor crisis que registra la historia. Y, para mayor desdicha, a esa fractura en el tiempo, que es general a toda civilización de Occidente, se une aquí una fractura en el espacio, pues no somos ni exactamente Europa ni exactamente América. Estamos así en el fin de una civilización y en uno de sus confines. Doble fractura, doble crisis, doble motivo de angustia y problematicidad» (2).

El lector de la mencionada novela encontrará opiniones por el estilo sin dificultad. A veces, exactamente con las mismas palabras. (El primer párrafo es pronunciado por Bruno, uno de los héroes del

(2) Ernesto Sábato: *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo*, Santiago de Chile, 1968, p. 35.